

## Repensar / racionalidad e inteligencia

Enric Trillas<sup>1</sup>

**Resumen:** Este artículo se refiere a ‘repensar’, visto como la verdadera racionalidad. Abogando por un “Derecho Humano a repensar”, intenta una aproximación al concepto de inteligencia como uno dinámico, variable y mostrado por la habilidad para llegar a lo que antes era desconocido o, por lo menos, no suficientemente conocido.

**Palabras Clave:** Pensamiento, Razonamiento, Repensar, Derecho a repensar, Inteligencia.

**Abstract:** This paper deals with Rethinking, seeing it as the true Rationality. Advocating for a “Human Right to Rethink”, it tries to approach Intelligence as a dynamic, variable concept, shown by the ability to attain what before was either unknown or, at least, not sufficiently known.

**Keywords:** Thinking, Reasoning, Rethinking, The Right to Rethink, Intelligence.

*La creatividad es la inteligencia divirtiéndose*  
(Albert Einstein)

### 1. Introducción

La palabra racionalidad, que se refiere a la capacidad humana de razonar, proviene de ‘razón’, palabra derivada de la latina *Ratio* con la cual se tradujo la griega *Logos*, referente a la unidad entre el lenguaje y el pensamiento; dos fenómenos naturales permitiendo a la Humanidad ser lo que es y que, por eso mismo y lamentablemente, no siempre conducen al bien. No parece que jamás haya descendido la maldad global y proporcionalmente en el mundo.

El razonamiento es una especialización del par (pensamiento, lenguaje) cuando el primero se dirige a algún objetivo, se focaliza en él a partir de conocer cierta información inicial sobre algo. De hecho, la *Ratio* latina tiene que ver con una

---

<sup>1</sup>. Enric Trillas (Barcelona, 1940), fue catedrático de las universidades politécnicas de Cataluña y de Madrid, investigador del ‘European Centre for Soft Computing’ y profesor emérito honorífico de la Universidad de Oviedo. En posesión de diversos premios y condecoraciones, tanto nacionales como extranjeras, es Doctor en Ciencias por la Universidad de Barcelona, Doctor Honoris Causa por las universidades Pública de Navarra y Santiago de Compostela, y Profesor Visitante Distinguido de la Universidad Nacional de Córdoba (Argentina). Ya jubilado, es miembro de la Accademia Nazionale delle Scienze, Lettere e Arti de Palermo. [etrillasetrillas@gmail.com](mailto:etrillasetrillas@gmail.com)

proporción, razón, cualitativa entre cuanto pueda estar a favor y en contra de una afirmación alcanzada razonando; por su parte la griega *Logos* lo tiene mayormente con la misma expresión del pensamiento, de la conversación razonada con uno mismo o con otros.

Es difícil, supuesto posible, desligar pensamiento y lenguaje, por más que el primero no aparezca siempre ligado al segundo ya que, con alguna frecuencia, los pensamientos se manifiestan y reconocen como imágenes, recuerdos, situaciones, etc. Sin la capacidad de reconocer y expresar el pensamiento, nada podría decirse <sup>[1]</sup>. Razonamiento y lenguaje están, sin embargo, íntimamente ligados.

Muy posiblemente sin pensamiento y memoria el lenguaje, aunque y supuestamente fuese fisiológicamente posible, no existiría; sin él y seguramente, tampoco existiría el razonamiento. Una palabra adecuada para nombrar lo que sigue de la terna (pensamiento, lenguaje, razonamiento) puede ser *inteligencia*. Lenguaje, razonamiento e inteligencia están en la raíz de la racionalidad. Así se entenderá provisionalmente en lo que sigue, dedicado a intentar ver más claramente cómo cabe ver la racionalidad e insinuar, finalmente, a qué cabe llamar inteligencia, un concepto impreciso, que se pretende sea medible y del cual no son a olvidar las palabras de Alexis Carrel, *La inteligencia es casi inútil para el que no tiene más que eso*.

No se considerará aquello que también generado en el cerebro u otro órgano corporal, pueda influir en la racionalidad o la inteligencia. El cuerpo humano es una unidad en la que cuanto cada componente produce puede influir sobre las demás; en particular, emociones y sensaciones influyen en el pensamiento. Metafóricamente podría decirse que pensamos a partir de todo el cuerpo.

1.1. La racionalidad no es un concepto abstracto como lo es, por ejemplo, el de número primo; la racionalidad es una actividad humana y como tal debe contemplarse. Los seres humanos actúan y las actuaciones que resultan de pensarlas previamente, de reflexionar, pensar, sobre ellas y así poder razonarlas, son las que cabe llamar actividades racionales, inteligentes. De lo contrario son irracionales, y aunque entre racional e irracional quepa intercalar muchos grados, no sobra contar con esos dos polos para enmarcar entre ellos las actuaciones de las personas. Una conversación ‘ideal’ es racional o comprende sartas de tonterías.

Sin embargo, una parte muy notable de lo racional consiste en reflexionar, pensar, sobre las cosas para poder razonarlas y volver a pensarlas; es decir, no sólo pensarlas sino, especialmente, volver a hacerlo, repensarlas, especular sobre ellas para revisar las conclusiones a las que antes se haya llegado. Se añade, así, un punto de modestia referente a dudar de las propias conclusiones; repensar facilita un ‘principio de tolerancia’ bajo el cual cabe intentar comprender a aquellos con quienes, en principio, no estemos de acuerdo sin que ello signifique más que éso y no necesariamente cambiar las propias opiniones o creencias.

Sin tolerancia intelectual la convivencia deviene difícil; no puede decirse que alguien que se muestra intolerante intelectualmente sea inteligente, por lo menos no puede afirmarse en el momento de manifestar la intolerancia. Repensar, pensar después de haber pensado, indica además un dinamismo coherente con el de la vida. Cabe dudar que racionalidad e inteligencia sean constantes cuando nada lo es en la realidad.

1.2. Al fin, el razonamiento ordinario o de sentido común, el de cada día de las personas <sup>[2,3]</sup>, no es como el formal de la prueba matemática que, dirigido a especialistas y pensado como todo, pero escrito en un lenguaje ‘artificial’ y sintácticamente regulado en todos sus pasos, puede repasarse en cada uno por cualquiera que sepa de ello y, si lo hay, encontrar un fallo. El razonamiento ordinario, usualmente dirigido a gente llana y expresado en un lenguaje natural regulado, a lo más, por su gramática, no goza de los axiomas y de todas las leyes lógicas de aquel tipo de razonamiento formal y, precisamente por eso, puede contener ‘saltos deductivos’ difícilmente detectables <sup>[1,3]</sup>, provocando que sus conclusiones sean siempre provisionales y sujetas a duda; por eso deben repensarse. Es un tipo de razonamiento que, como el lenguaje, es ‘abierto’ y diferentemente a los lenguajes artificiales de computación que son ‘cerrados’; es un tipo de razonamiento que maneja la ‘matriz’ que el lenguaje natural pone a su disposición <sup>[7]</sup>.

El razonamiento ordinario es mucho menos regulado que el formal <sup>[1,2,3,4]</sup>; además, la gran riqueza expresiva del lenguaje natural lo abre a más posibilidades que las presentadas por el formal. Con ello y por otra parte, quien atiende un tal razonamiento e influido por su propio conocimiento o desconocimiento, no siempre entiende exactamente lo que oye o lee, lo ‘filtra’ a través de lo que sabe. Es una confrontación que, expresada por Tomás de Aquino, mediante su famoso *Quidquid recipitur ad modum recipientis recipitur*, puede llevar, de nuevo, a repensar.

Metafóricamente, si el razonamiento formal es sintácticamente regulado por completo, con ‘red de seguridad’, en gran medida el ordinario es poco regulado, se efectúa semánticamente en el lenguaje natural y sin red de seguridad deductiva. De ahí que hablar y escribir lo más correctamente posible un lenguaje natural sea importantísimo. De ahí también el conocido *enmendarse es de sabios*, proverbio igualmente válido para cualquier razonamiento especializado.

Todo tiene siempre varios puntos de vista, diversas perspectivas bajo las cuales cabe contemplarlo; un sentido en el cual la realidad es, con José Ortega y Gasset, poliédrica y, por ello, repensar desde otro punto de vista es importante <sup>[1]</sup>. En sus mismas palabras, *Hay tantas realidades como puntos de vista. El punto de vista cambia el panorama*.

En la educación se debería tener muy en cuenta que la semántica del razonamiento formal no es sino su sintaxis, en tanto que la semántica del ordinario puede representarse por sintaxis formales diversas. Cuando la sintaxis del razonamiento formal se adapta a la semántica de un problema es cuando cabe aplicarlo al mismo. El razonamiento ordinario es previo al formal y éste no lo deja a un lado; de hecho, marchan conjuntamente; en las palabras de Einstein, *La ciencia no es más que un refinamiento del pensamiento cotidiano*.

## 2. Repensar

Si repensar es volver a pensar lo que ya se había pensado, puede ser más relevante volver a pensar, repensar, lo que ya se había razonado y concluido, con el ánimo de o bien confirmar las conclusiones alcanzadas, o bien modificarlas; perfeccionarlas en cualquier caso. Si pensar puede ser automático, repensar suele exigir la voluntad de hacerlo <sup>[1,3]</sup>; repensar permite ‘controlar’ al pensamiento. No debe

olvidarse que cuanto no está bajo algún tipo de control adecuado es eventualmente peligroso <sup>[1]</sup>.

La confianza absoluta en algo que se ha razonado y de lo que ya se ha llegado a unas conclusiones es, por lo dicho en 1.2 y por lo menos, un signo de inmodestia, de arrogancia intelectual, que lleva a correr el alto riesgo de aceptar lo que no es, de caer en el error. Es el gran pecado del dogmatismo; una persona continuamente dogmática difícilmente puede calificarse como inteligente.

Si no repensar puede ser un signo de rigidez o envejecimiento mental o, incluso, de puro dogmatismo, la tolerancia intelectual que significa dudar y repensar muestra una racionalidad flexible, en un estado ‘fresco’. Repensar y re-repensar constituyen, realmente y más allá de sólo razonar, la racionalidad. Repensar conlleva unas de las grandes ayudas del pensamiento al razonamiento, su control y la sugerencia de nuevas y fructíferas perspectivas para aquello que ya se consideraba bien conocido. En las palabras de Antonio Machado, *En mi soledad he visto muchas cosas muy claras/que no son verdad*, y en las de Francisco de Asís, *Un rayo de sol basta para ahuyentar muchas sombras*.

Repensar con un nuevo rayo de luz aquello que se consideraba bien conocido es una de las más fecundas tareas intelectuales que pueden realizarse; debe insistirse que repensar es el mejor antídoto contra el dogmatismo. Repensar permite saber que aquello que se creía claro, bien no era verdad, o bien no lo era suficientemente; ayuda, además, a no pensar en aislamiento o soledad intelectual al requerir conocer lo que otros han dicho o escrito al respecto. Repensar es, en este sentido, ir más allá de uno mismo; es pensar con otros.

2.1. Muchos de los grandes descubrimientos tienen su origen en repensar un problema aparentemente ya resuelto; un repensar que facilita nuevas perspectivas, nuevos puntos de vista; a veces y simplemente, nuevas técnicas. Un ejemplo de lo primero lo muestra la teoría de la relatividad de Einstein, quien repensó cuanto ya se ‘sabía’ preguntándose, por ejemplo, qué pasa cuando alguien dentro de un ascensor cae libremente con el mismo; un ejemplo de lo segundo, lo facilita la nueva técnica de tinción de tejidos animales lograda por Ramón y Cajal, que permitió ver las neuronas y que logró repensando los resultados de lo que se veía en el microscopio con los métodos de tinción anteriores. En ambos casos, tanto Einstein como Cajal ‘sabían’ bien lo conocido hasta entonces.

En el caso de la penicilina, por ejemplo y aunque pueda decirse que la casualidad de haber dejado un preparado al aire libre ayudó a su descubrimiento, fue el repensamiento de Alexander Fleming sobre el moho aparecido, lo que llevó al descubrimiento y fue su experiencia anterior la que permitió usar la penicilina contra determinadas infecciones bacterianas y mejorar la cura de la tuberculosis, enfermedad en aquel momento preocupante. La penicilina redujo a inoperantes los muchos sanatorios antituberculosos que se habían construido como la posibilidad entonces existente para luchar contra la enfermedad; eran la solución inmediata al problema de la tuberculosis.

Repensar ayuda a mejor resolver problemas por vía no trivialmente inmediata y debe insistirse en que tanto Einstein, como Cajal y como Fleming, conocían bien lo que entonces se creía sabido. Sin estudio, sin previa documentación objetiva, pocas sugerencias fructíferas cabe esperar de un repensar mecánico y aislado de cuanto se conozca; la racionalidad está íntimamente ligada a ello. Repensar no es un acto de

aislamiento intelectual; exige saber el contexto de lo que se repiensa y aún más si al repensar se persigue criticar lo anterior.

2.2. Repensar es debatir con uno mismo sobre algo conocido, es la fuente de la especulación, de la creatividad. Cervantes había leído muchos ‘libros de caballería’, los repensó y con sus dos libros sobre don Quijote de La Mancha, creó la novela moderna. El químico alemán Alfred Kekulé había estudiado el benceno, pero no conseguía determinar la estructura de su molécula; un ensueño le llevó a repensarla considerándola en forma de anillo, lo probó experimentalmente y, como consecuencia, no sólo se conoció la estructura molecular del benceno, sino que surgió la Teoría de la Estructura Molecular y luego, también la potente industria química alemana de colorantes.

Repensar especulativamente es una, sino la única, fuente de progreso y siempre que se proceda, luego, a probar lo obtenido, sea teórica o experimentalmente; una especulación no probada queda como tal y especular sobre una especulación lleva a otra especulación aún más insegura que la primera. Con el razonamiento y especialmente cuando no es sobre algo banal, no se pretende llegar a más incerteza, sino a lo menos incierto posible y sea para refutar o explicar algo, sea para prever algo que siga de ello o para decidir alguna acción. Es decir, se buscan refutaciones, hipótesis o consecuencias como conclusiones <sup>[6]</sup>, que sean lo más seguras posibles y las cuales siempre se mantendrán ‘provisionalmente’ hasta que, o bien sean desmentidas por el fallo de una acción, o bien por la aparición de nueva información, datos o lo que sea que arroje dudas y lleve a repensarlas de nuevo.

Todo conocimiento es provisional, conjetural, tiene una ‘fecha de caducidad’ y por más que sea desconocida, que no pueda escribirse en el ‘envase’ que lo contiene; el contexto del conocimiento, tanto el real como el intelectual, no es siempre constante <sup>[1,2]</sup>. El conocimiento definitivo es una ilusión de quienes creen manejar un razonamiento indefectible; de quienes o bien no ven ningún nuevo rayo de luz, o de quienes no distinguen entre lo que creen y lo que es, entre la *Doxa* y el *Logos* griegos. De ahí que repensar sea tan importante; lleva a asentar el conocimiento sobre bases cada vez más sólidas y aventando sucesivamente las dudas que se presenten.

2.3. Repensar fundamenta la crítica, el pensamiento crítico sin el cual el mundo intelectual puede, fácilmente, convertirse en una indeseable dictadura de unos pocos con *auctoritas* sobre otros muchos y que, si en el terreno intelectual es intolerable, en el político es la antítesis de la democracia. No hay conocimiento, ni ciencia, ni democracia sin libertad de crítica. La libertad de pensamiento significa no sólo poder criticar cualquier cosa razonada y amablemente, sino poder hacerlo donde sea y por el medio que sea.

Repensar fundamenta la democracia y, es por eso que se debe reclamar siempre el derecho de las personas, inalienable, al repensamiento y a su expresión. Lo no repensable no existe, es, en todo caso, una imposición de unos pocos; es suponer que no existe la duda o, peor todavía, prohibirla. El derecho a dudar es fundamental y no debe, ni puede, prohibirse. Quien carece de dudas sobre nada es un bárbaro social; la civilización requiere la duda no gratuita, ya que el mundo está lleno de incertezas, es decir, de cosas que no se pueden conocer con certeza absoluta y sobre las cuales necesariamente hay que dudar. La búsqueda de lo ‘absoluto’ no es de este mundo, no existe en él.

En el mundo la certeza es rarísima y, tal vez, confinada en ámbitos de pensamiento formal como es, por ejemplo, el de las matemáticas, en el cual el conocimiento es algo deducido de unos postulados previamente aceptados pero que, de cambiar uno sólo de ellos cuanto antes era conocimiento cierto deja de serlo. De ahí, éxitos del repensar como es la aparición de las geometrías no euclidianas, las lógicas polivalentes, etc. Un ejemplo matemático de buen repensamiento lo muestra el cambio que significó pasar de creer que toda función continua era derivable a mostrar una función continua en todos sus puntos y sin derivada en ninguno de ellos; aquella creencia era apresurada, basada en ‘dibujos’, no en buenos razonamientos. Gauss la repensó y la borró del *corpus* del conocimiento matemático.

Otro ejemplo matemático es haber repensado el concepto de número, concediéndeselo a las raíces cuadradas de los números negativos; con ello se amplió el concepto de número real a los números complejos, sin los cuales y más adelante no se habrían podido medir algunas magnitudes físicas como es el caso, por ejemplo, de la impedancia eléctrica. Ambos son ejemplos de repensamiento fértil; son un repensar que ha repercutido en ámbitos alejados de aquel en el cual se produjo.

### 3. Repensando la inducción

3.1. Recientemente, empiezan a probarse algunos resultados que, potencialmente, podrían contribuir a un repensar crítico de la inducción vista como ‘inexplicable’ deductivamente.

Se está empezando a repensar la inducción <sup>[1,2,3]</sup> que ha sido vista, muchas veces y de forma mítica, como adivinación. Así, se ha probado que en cualquier álgebra de Boole finita, las especulaciones, aquellas conclusiones que no siguen deductivamente de la premisa ni hacia adelante, ni hacia atrás, las que se obtienen inductivamente, pueden encontrarse por medio de un programa informático <sup>[4]</sup>; a menos de una posible explosión combinatoria y en principio, son así ‘calculables’ por más que puedan no serlo ‘efectivamente’ y no quede otra que recurrir a métodos heurísticos para encontrarlas. El proceso computacional seguido consiste en un zigzag deductivo, sucesivamente hacia adelante y hacia atrás o al revés, es decir, propiamente deduciendo y abduciendo desde la premisa, haciéndolo secuencialmente; es una especie de movimiento browniano que parte de ella <sup>[6]</sup>.

Si en algún momento se llegase a probar que en el razonamiento de sentido común las cosas son de esa forma, la inducción dejaría de ser un misterio humano; pasaría a ser un concepto ‘domesticado’ al obedecer un modelo matemático. Con todo, en aquellos casos en los cuales cuanto se sabe sobre algo puede estructurarse como una álgebra de Boole atómica, el misterio ya ha desaparecido; ahí el ‘truco’ de la adivinación ha sido desvelado.

Una tal prueba sería un nuevo éxito de repensar el razonamiento partiendo de muy pocas suposiciones <sup>[2,3]</sup>; de un ‘esqueleto formal’ del mismo permitiendo ver que no sólo consta de deducción y abducción, sino que ambas modalidades se unen para llegar a conclusiones no inferencialmente comparables con la premisa, ‘ortogonales’ a ella como se dice en la jerga técnica correspondiente. Esas conclusiones, cuando son conjeturas, son las especulaciones o inducciones.

Por el momento sólo se trata de un tenue rayo de luz en la tiniebla que, eventualmente, podría permitir ahuyentar una vieja sombra del conocimiento y, a la

vez, ser fértil, una vez domesticada, para su aplicación a, por ejemplo, la mecanización del razonamiento de sentido común; a batirse con uno de los grandes problemas de la Inteligencia Artificial, el llamado ‘nudo gordiano’ <sup>[3]</sup> del conocimiento de sentido común.

3.2. Debe notarse <sup>[6]</sup> que la palabra ‘adivinar’ proviene del latín *addivinare*, con ‘ad’ indicando ‘hacia’ y ‘divinare’ indicando una divinidad. Como sinónimo de inducir o especular, corresponde a una visión en la cual las personas requieren la ayuda de una divinidad para inducir, encontrar las especulaciones no siendo, por ellas mismas, capaces de ello. Un pensamiento mítico análogo a la ayuda que un artista supuestamente recibe de las correspondientes ‘musas’; aquellas a las que Picasso decía que *esperaba pero trabajando*.

Son pensamientos míticos resultantes de no creer que esos fenómenos son ‘naturales’, es decir, producidos en y por el pensamiento humano generado, a su vez, por el cerebro. La historia del pensamiento y más concretamente del repensamiento, de la racionalidad, del *Logos*, es una lucha constante para explicar lo inexplicable en base a lo que la naturaleza provee. La racionalidad tiende a desvelar lo misterioso, a explicarlo y domesticarlo.

Habría que ver si ese nuevo repensar críticamente la inducción, consigue eliminar definitivamente el velo de misterio que la ha recubierto. De conseguirlo se estaría ante un nuevo éxito del repensamiento; un éxito que podría significar que los ordenadores, eventual y contrariamente a las personas, llegasen a pensar a partir de deducir. Con Nietzsche, *Aun sabiendo que es un sueño, hay que seguir soñando*.

#### **4. Conclusión: la inteligencia**

De nada, nada puede crearse. Sólo Dios creó de la nada y una única vez, pero el ser humano debe partir de algo ya existente; no se crea una teoría como la de la relatividad sin saber física, ni se encuentra la estructura de la molécula del benceno sin saber química, ni se escribe el Quijote sin conocer los libros de caballería, etc. Con ello y obviamente la palabra creación para designar lo nuevo encontrado por alguna persona, es un término abusivo; no habrá sido sino un recrear a partir de algo, un no crear realmente; un repensar original, tal vez, un innovar.

Sin embargo y quién sabe si como una muestra más del orgullo humano, se ha impuesto el término ‘creatividad’ para designar esa capacidad de innovación o, tal vez, de perfeccionamiento. Una capacidad proveniente de la de especular <sup>[3]</sup>, de repensar algo, de hacerlo, en realidad, para buscar una raíz más profunda; la primera raíz, de ser ello posible y como la raíz primera del grupo de los movimientos del espacio tridimensional real está, no en la teoría de grupos, sino y un poco más allá, en el concreto grupo de las permutaciones que surgió del estudio de Evariste Galois sobre las ecuaciones algebraicas. Ese estudio es realmente la primera raíz del concepto moderno de grupo; repensada sucesivamente la idea del grupo de las permutaciones, surgió el concepto abstracto de ‘grupo’ y, con ella, grupos como el de los movimientos en el espacio o, más tarde, los grupos topológicos.

4.1. Innovar, ‘crear’ si se quiere, no proviene sino de la racionalidad, del pensar, repensar y re-repensar lo cual y a los más favorecidos, no sólo les conduce a nuevas preguntas sino a ‘buenas preguntas’, aquellas que luego resultan fértiles. Sin repensar sobre buenas preguntas ni tendríamos la teoría de Einstein, ni el Quijote de Cervantes, ni la molécula del benceno de Kekulé; ni sabríamos de las neuronas, ni se dispondría de los antibióticos, ni de las geometrías no euclidianas, ni de las vacunas, ni de tantas y tantas cosas. Ni existiría la Filosofía que, al fin y desde hace siglos, se manifiesta por un sistemático y continuo repensar y aunque en este caso responder a la pregunta, ¿Qué es crear en filosofía, innovar en ella?, que no corresponde aquí ni siquiera intentarlo, requiera un hilado muy fino.

Repensar es lo que hace que el mundo (y sus parcelas) se nos aparezca intelectualmente como se nos aparece cada vez, en cada momento, con variaciones que dependen del estado del conocimiento; no se concibe hoy el universo como se concebía en el tiempo de Ptolomeo, ni la medicina como en el de Paracelso. Son unas variaciones conceptuales cuya raíz primera está, radica, en repensar lo conocido; la realidad no sólo es poliédrica, también es dinámica.

4.2. Con todo ello y tal vez, la inteligencia podría considerarse y también llegar a medirse, partiendo de considerarla como la

“Capacidad de repensar llegando a conclusiones originales”

y que resulten fértiles, por más que su fertilidad pueda aparecer más adelante, con lo cual y a la hora de analizar la posible inteligencia de un sujeto determinado, haya que limitarse a lo antes entrecomillado y en un momento dado. Tampoco la inteligencia es estática. Parodiando la frase de Einstein que abre este artículo, podríamos decir que la inteligencia es repensar divirtiéndose.

No es a olvidar lo que escribe Simone de Beauvoir al comienzo de su libro ‘La ceremonia del adiós’, donde cuenta la última parte de la vida de Jean Paul Sartre: *Sartre no dejó nunca de cuestionarse una y otra vez ... a menudo escogió “pensar contra sí mismo”* y añadiendo, al final del libro, *“pero esto no había sido nunca para hundirse en la facilidad”*. Lo dice de quien poca duda cabe acerca de que fuese inteligente.

Los educadores deberían tomar nota de todo ello; la inteligencia va más allá del razonamiento deductivo, tiene que ver con pensar y repensar, con la especulación fértil; con pensar contra uno mismo. No cabe medir la inteligencia con sólo pruebas deductivas a responder en un tiempo determinado. La inteligencia tiene gran relación con la vivacidad del pensamiento del sujeto, con su frescura y su dinámica, con su habilidad de renovación del conocimiento, con ver más allá de lo que explica o se sigue necesariamente, se deduce, de algo; tiene que ver con saber dudar y especular consiguientemente de manera fértil, llegando a algo ‘nuevo’, a algo que antes nadie vió. Es algo que, de poder tasarse en un tiempo determinado, tiene qué ver con la especulación.

La inteligencia está directamente relacionada con encontrar lo nuevo y en cualquier ámbito de la actividad humana, tanto intelectual como práctica; va de la artesanía a la poesía, de la música a la astrofísica, de las matemáticas a la pintura, de la bioquímica a los negocios, etc. Seguramente va por grados y no se refiere a todo sino a aquello que atraiga el interés del sujeto. A más capacidad de encontrar lo nuevo en el



ámbito que sea, más inteligencia; tal vez es por ahí por dónde quepa medirla. Debe insistirse en que ni la racionalidad, ni la inteligencia, son estáticas sino dinámicas.

4.3. La educación, como arte de abrir ventanas al futuro, debería entrenar a los alumnos para elevar, aumentar, su grado de inteligencia el cual, por todo lo dicho, no puede considerarse fijo desde el nacimiento sino variable a lo largo del tiempo; puede aumentar y también disminuir <sup>[5]</sup>. Por ejemplo, es dudoso que un estudio de tipo repetitivo y memorístico pueda incrementar la inteligencia de un niño o niña; puede aburrir hasta a las ovejas. El aburrimiento, la falta de motivación, no divertirse con lo que se estudia, provoca que los estudiantes no se hagan suyos los temas que se les proponen y, sin ‘hacerte tuyo’ algo, la posibilidad de innovar en ello y en el grado que sea, es prácticamente nula.

Tanto al aumento como a la disminución de la inteligencia y sin duda, contribuyen en primer lugar los ámbitos familiar y educativo del niño y del joven; maestros y profesores son, junto con los entornos familiares, los primeros responsables de que los jóvenes estudiantes incrementen su inteligencia influidos, en parte e inicialmente, por su querencia para imitar. No debe olvidarse que el lenguaje llena al mundo de significados con los cuales y no estando contenidos en él, lo concebimos; salir de la escuela con, por lo menos, un buen manejo del lenguaje es fundamental. Deben recordarse las palabras de Joan Margarit, *Quien destroza el lenguaje, destroza la vida* <sup>[8]</sup>.

De considerar a maestros y profesores como los ‘especialistas’ en la educación, a ellos debe asignarse la mayor responsabilidad social que pueda corresponder por la carencia de capacidad reflexiva, repensadora, de los alumnos. No es un buen profesor quien sin haber repensado críticamente lo hecho por otros se limita a explicarlo; en las palabras de José Ortega y Gasset, *Siempre que enseñes, enseña a dudar de lo que enseñes*.

### **Agradecimientos**

El autor agradece los comentarios de Jaume Trillas y de los profesores Adolfo R. De Soto (Universidad de León), Itziar García-Honrado (Universidad de Oviedo), José Ángel Olivas (Universidad de Castilla-La Mancha) y Alejandro Sobrino (Universidade de Santiago de Compostela).

### **Referencias**

[1] E. Trillas, (en curso de publicación), ‘Narrar, conjeturar y computar. El pensamiento’. EUGR.

[2] E. Trillas, 2017, ‘On the Logos: A Naïve View on Ordinary Reasoning and Fuzzy Logic’. Springer.

- [3] E. Trillas, 2018, 'El desafío de la creatividad'. Publicacións de la Universidade de Santiago de Compostela.
- [4] E. Trillas, A.R. De Soto (en curso de publicación), 'On the Search of Speculations'. New Mathematics and Natural Computation.
- [5] S. Cain, 2012, 'Quiet'. Broadway Books.
- [6] E. Trillas, 2020, 'Apelación divina/Especulaciones sobre especular'. Conventit Internacional, 34. <<http://www.hottopos.com/convenit34/index.htm>>
- [7] E.Lledó, 1994, 'Palabras e imágenes'. Gencat.
- [8] J. Margarit, 2016, 'Un mal poema ensucia el mundo'. Arpa.

Recebido para publicação em 16-04-20; aceito em 13-05-20